

Por fortuna los soldados tenían sin trabajo cuanto podían apetecer para sus necesidades y placeres, y además encontraron sobrada distracción en las violentas emociones del juego. Pedro Valenciano construyó naipes tan buenos y bien pintados como los de Castilla, empleando las pieles de los atambores; con ellos se pasaban descuidados el tiempo, haciéndose en breves horas ricos por la ganancia ó pobres por la pérdida. Sólo un incidente desgraciado sobrevino por la partición. Velázquez de Leon hacía labrar á los plateros de Azcapotzalco grandes cadenas de oro y vajilla; reconvenido por el tesorero Gonzalo Mejía de no haber manifestado las barras para hacer el pago del real quinto, entrambos se hicieron de razones, pusieron mano á la espada, se acuchillaron, y hubieran muerto á no haberles separado cuando cada uno tenía dos heridas. Cortés, aunque muy grande amigo de Velázquez, le puso preso por el bien parecer. Como el capitán estaba en un cuarto no distante de donde vivía el cautivo emperador, y al pasearse arrastraba con ruido la cadena á que estaba atado, oía el rumor Motecuhzoma y preguntó al paje Orteguilla quién estaba así preso: una vez informado, cuando vino á visitarle el general le interrogó acerca de la malaventura del capitán, á lo que D. Hernando, siempre pronto á sacar partido de todo le contestó: "y le dijo medio riendo que por que era tabanillo, que quiere decir loco, y que porque no le dan mucho oro quiere ir por sus pueblos y ciudades á demandallo á los caciques, y porque no mate á algunos, por esta causa lo tiene preso. Motecuhzoma intercedió por el capitán, ofreciendo le daría oro del suyo; Cortés, admitió la recomendación, conmutó la pena de cárcel en destierro, en virtud de lo cual Velázquez de Leon partió para Cholollan, llevando un mensajero del emperador para pedir oro. A los pocos días tornó el capitán á México compurgada la pena y con buena riqueza. "He traído esto aquí á la memoria, aunque valla fuera de nuestra relación, porque vean que Cortés, so color de hacer justicia porque todos le temiésemos, era con grandes mañas." (1)

(1) Bernal Díaz, cap. CVI.

CAPITULO VI.

MOTECUHZOMA XOCOYOTZIN.—CACAMATZIN.

Las hijas de Motecuhzoma.—Los ídolos quitados de la torre del teocalli mayor.—Impresión en el ánimo de los méxicos.—Motecuhzoma intima á los castellanos abandonen la ciudad.—Respuesta diestra de Cortés.—Construcción de tres naves en la costa.—Zozobras de los españoles.—Llega al puerto de San Juan una armada española.—Los procuradores del ejército.—Manejos de Diego Velázquez.—Preparativos contra Cortés.—La Audiencia de la Española.—El Lic. Lucas Vázquez de Ayllón.

II tecpatl 1520. Recordáremos que el mismo día de su prisión, Motecuhzoma había dado una de sus hijas por esposa á D. Hernando, á fin de establecer entre ambos relaciones íntimas de parentesco. El conquistado no vuelve á decir palabra acerca de aquella dádiva; y es fácil admitir que las circunstancias apuradas que signieron desde la prisión del rey hasta la quema de Cuauhpopoca, no dejaron tiempo al general para pensar en pasatiempos. Según la autoridad de Bernal Díaz, sin duda insistiendo en el propósito pri-

mero, Motecuhzoma dijo á Cortés: "Mira, Malinche, que tanto os amo, que os quiero dar una hija mia muy hermosa para que os caseis con ella y la tengais por vuestra lejitima mujer." Dióle por ello las gracias D. Hernando, diciéndole ser casado y no ser entre ellos costumbre tener más de una sola esposa, que él la tendría como hija de tan gran señor á condicion de hacerla cristiana. Aceptó el emperador, en cuya virtud fué bautizada la doncella bajo el nombre de Doña Ana, y despues vivía públicamente en la cámara del general: entre las mujeres empleadas en su servicio estaba una hermana suya, nombrada en el bautismo Doña Inés y una hermana de Cacamatzin llamada Doña Francisca; con las tres vivía en la misma intimidad D. Hernando. (1)

Lograda la sumision de los señores de los tres reinos, pareció sazón oportuna de hacer algo eficaz en favor del principio religioso, móvil principal de aquella conquista. Segun aparece por las relaciones de los autores, no siempre bien conformes acerca de este capítulo, en nada mostró entera Motecuhzoma sino en materia de sus creencias. Ninguna mella produjeron en su ánimo las amonestaciones repetidas por Fr. Bartolomé de Olmedo y por Cortés; escu-

(1) Para las primeras noticias, Bernal Díaz cap. CVII.—Para lo demas consulte se, Sumario de la residencia tomado á D. Fernando Cortés, gobernador y capitán general de la N. E. y á otros gobernadores y oficiales de la misma; México 1852-53. —Cortés recibió á la hija de Motecuhzoma, la hizo cristiana poniéndole por nombre Doña Ana, viviendo en compañía del general hasta que fué muerta en la desdichada Noche Triste (Bernaldino Vázquez de Tápia, tom. II, pág. 244). Doña Ana llevó en su compañía varias mujeres para servirle y vivía públicamente en la cámara de D. Hernando, (Francisco Vargas, tom. II, pág. 243. Gonzalo Mejía, tom. II, pág. 241). En compañía de Doña Ana fué una hermana suya, á la cual nombraron Doña Inés (Bernaldino Vázquez de Tápia, tom. II, pág. 305-306), y entre las personas que la hacían compañía se encontraba Doña Elvira y la hermana del rey de Texcoco, Doña Francisca. Doña Francisca murió en la Noche Triste (Francisco de Vargas, tom. II, pág. 306 y 307). Cuando murió Doña Ana estaba grávida (Gonzalo Mejía, tom. II, pág. 240-241). Tercera hija de Motecuhzoma fué Doña Isabel, la cual casó con Alonso de Grado despues de ganado México, y muerto Grado, Cortés se la llevó á su casa, dándola despues en matrimonio á Pero Gallego, cinco ó seis meses despues del desposorio, Doña Isabel dió á luz una hija de Don Hernando (Bernaldino Vázquez de Tápia, tom. II, pág. 245; Gonzalo Mejía, pág. 241). Segun Juan Tirado, tom. II, pág. 39, [D. Hernando poseyó tres hijas de Motecuhzoma; dos le dieron hijos, y la tercera murió grávida la Noche triste. De las dos hermanas que vivieron juntas en el cuartel, lo confirma Juan de Mansilla, tom. I, pág. 263.—Todo ello consta repetido en la Pesquisa secreta contra D. Hernando Cortés, MS. en poder del Sr. García Icazbalceta.

chábalas en silencio y aun con muestras de atención, sin darse jamas por convenido, supiestó el seguir en sus prácticas antiguas y no interrumpir el culto de los dioses haciéndoles diarios sacrificios de víctimas humanas. Volvieron muchas veces al mismo tema los predicadores, y como Motecuhzoma permaneciera inquebrantable, D. Hernando deslizó en la conversacion algunas amenazas, las cuales lograron alcanzar la promesa de que el emperador consultaría con los sacerdotes. Pasábase el tiempo, y á fin de determinar al obsecado monarca, Cortés resolvió obrar por su cuenta. Dicese la manera en la siguiente relacion de un testigo presencial. (1)

D. Hernando se dirigió al templo mayor, cercano al cuartel, en compañía de algunos soldados.—"Así que á la sazón que el marqués fué al patio de los ídolos, tinie consigo muy poca gente de la suya; é andando por el patio me dijo á mí: "Sobid á esa torre, é mirad qué hay en ella;" é yo sobí é algunos de aquellos ministradores de la gente, subieron conmigo, é llegué á una manta de muchos dobleces de cáñamo, é por ella habie mucho número de cascabeles é campanillas de metal; é quiriendo entrar hicieron tan gran ruido que me creí que la casa se caie. El marqués subió como por pasado tiempo, é ocho ó diez españoles con él; é porque con la manta que estaba por antepuesta, la casa estaba escura, con las espadas quitamos de la manta, é quedó claro. Todas las paredes de la casa por de dentro eran hechas de imaginaria de piedra, de la con que estaba hecha la pared. Estas imágenes eran de ídolos, é en las bocas destos é por el cuerpo á partes tenían mucha sangre, de gordor de dos é tres dedos, é descubrió los ídolos de pedrería, é miró por allí lo que se pudo ver, é sospiró habiéndose puesto algo triste, é dijo, que todos lo oimos: "¡oh Dios! ¿por qué consientes que tan grandemente el diablo sea honrado en esta tierra? é ha, Señor, por bien que en ella te sirvamos;" é mandó llamar los intérpretes, é ya al ruido de los cascabeles se había llegado gente de aquella de los ídolos, é dijoles: "Dios que hizo el cielo y la tierra os hizo á vosotros y á nosotros é á todos, é cria lo con que nós mantenemos, é si fuéremos buenos nos llevará al cielo, é si no, iremos al infierno, como más larga"

(1) Hablan acerca de este punto, no con mucho acordé entre si, Cortés, Cartas de relac. pág. 106-7.—Bernal Díaz, cap. CVII.—Gomara, Crón. cap. LXXXVI.—Herrera, dec. II, lib. VIII, cap. VII.—Torquemada, lib. IV, cap. LIV.—Itilixochitl, Hist. Chichim. cap. 87. MS.

mente os diré cuando más nos entendamos; é yo quiero que aquí donde teneis estos ídolos esté la imágen de Dios y de su madre bendita; é traed aguá para lavar estas paredes, é quitaremos de aquí todo esto." Ellos se reían, como que no fué posible hacerse; é dijeron: "No solamente esta cibdad, pero toda la tierra junta tienen á éstos por sus dioses, y aquí está esto por Uchilobós, cuyos somos; é toda la gente no tiene en nada á sus padres é madres é hijos, en comparacion deste, é determinaron de morir; é cata que de verte subir aquí se han puesto todos en armas, y quieren morir por sus dioses." El marqués dijo á un español que fuese á que tuviesen grand recabdo en la persona de Mutezuma, é envió á que viniesen treinta ó cuarenta hombres allí con él, é respondió á aquellos sacerdotes: "Mucho me holgaré yo de pelear por mi Dios contra vuestros dioses, que son nonada;" y ántes que los españoles, por quien había enviado viniesen; enojóse de palabras que ríe, é tomó con una barra de hierro que estaba allí, é comenzó á dar en los ídolos de pedrería; é yo prometó mi fe de gentil hombre, é juro por Dios que es verdad que me parece agora que el marqués saltaba sobrenatural, é se abalanzaba tomando la barra por en medio para dar en lo más alto de los ojos del ídolo, é así les quitó las máscaras de oro con la barra, diciendo: "A algo nos hemos de poner por Dios."

"Aquella gente lo hicieron saber á Mutezuma, que estaba cerca de ahí el aposento, é Mutezuma envió á rogar al marqués que le dejase venir allí, é que en tanto que vinie no hiciese mal en los ídolos. El marqués mandó que viniese con gente que le guardase é venido le dicie que pusiésemos á nuestras imágenes á una parte, é dejásemos sus dioses á otra. El marqués no quiso. Mutezuma dijo: "Pues yo trabajaré que se haga lo que quereis; pero habeismos de dar los ídolos que llevemos donde quisiéremos;" é el marqués se los dió diciéndoles: "Ved que son piedra, é creé (ored) en Dios que hizo el cielo y la tierra, é por la obra conoceréis al maestro." Los ídolos fueron bajados de allí con una maravillosa manera é buen artificio, é lavaron las paredes de la casa, é al marqués le pareció que había poco hueco en la casa, segund lo que por de fuera pareció, é mandó cavar en la pared frontera, donde se halló el mason de sangre é semillas é la tinaja de agua, é se deshizo, é le sacaron las joyas de oro, é hubo algund oro en una sepultura que encima de la torre estaba. El marqués hizo hacer dos altares, uno en una parte

de la torre, que era partida en dos huecos, é otro en otra, é puso en una parte la imágen de Nuestra Señora, en un retablico de tabla, é en otro la de Sant Cristóbal, porque no había entónces otras imágenes; é dende en adelante se dicie allí misa; é los indios vinieron dende á ciertos dias á traer ciertas manadas de maíz verde é muy lacias, diciendo: "Pues que nos quitastes nuestros dioses á quien rogábamos por agua, hacé al vuestro que nos las dé, porque se pierde lo sembrado." El marqués les certificó que prestó lloverie, é á todo nos encomendó que rogásemos á Dios por agua; é así otro dia fuimos en precision fasta la torre, é allá se dijo misa, é hacía buen sol, é cuando venimos llovie tanto que andábamos en el patio los pies cubiertos de agua, é así los indios se maravillaron mucho. (1)

La relacion es gráfica; no le falta ni áun el prodigio obrado por Dios á ruego de aquellos misioneros militares. La posición del fécalli fué solemnizada con una misa cantada por el P. Olmedo, ayudada por el presbítero Juan Díaz, quedando en guarda de los altares para evitar una profanación, un soldado viejo: los papas quedaron entendidos en no tocar aquello, salvo entender en asear, quemar incienso, encender candelas de cera de dia y de noche, enramar y poner flores. (2)

Poco más de cinco meses llevaban de residencia los castellanos en Tenochtitlan. La conquista parecía realizada. Como ya hemos visto, los reyes aliados, nobles y señores, uno de los principales papas, estaban reducidos á prision; acostumbrado el pueblo á la obediencia pasiva de sus jefes, á la servidumbre del emperador, no daba muestras de alboroto. Los soldados habían allegado grandes riquezas, alimentando la esperanza de reunir las todavía mayores; disfrutaban de respeto y consideraciones; gozaban de abundantes provisiones, de mujeres á contentamiento; de numerosa servidumbre; nada apetecían que no les fuera cumplido, y sólo podían echar de menos el complemento de las venturosas leyendas del encantado Jauja. Mas aquella residencia dilatada y el trato familiar con los indios, les iba perjudicando. Considerados de lejos, admitidos como seres sobrenaturales, brotados de las bondas del mar, temidos como

(1) Relac. de Andrés de Tapia, pág. 584-86.

(2) Bernal Díaz, cap. CVII.

descendientes de Quetzalcoatl, les adornaba la imaginacion con las perfecciones de los dioses: vistos ahora de cerca, expiados por su propia servidumbre, delatados por las mujeres, compañeras de sus placeres, manifestadas por ellos mismos y sin rebozo sus debilidades y malos instintos, el prestigio habia desaparecido casi por completo, empequeñeciéndose de cerca las figuras que á distancia parecían colosales. Parte de la supersticion permanecía aún en pié en espera de aclarar cuál era la procedencia de los extranjeros.

La nacion estaba comprimida por el monarca. En cuanto á éste, en valde fueron para despertar su ardor guerrero la prision, los grillos, la afrenta de sus hijas y de sus mujeres, la pérdida de sus tesoros, el abdicar su soberanía para reconocerse súbdito de un príncipe desconocido y extranjero; mayor que aquellos intereses reunidos, eran su amor á la vida y al ejercicio de una autoridad villipendiada é irrisoria. Por último, los barbudos teules atacaron el culto. La supersticion era el vicio dominante en Motecuhzoma, el sentimiento religioso, el único que podía resonar en su seco corazón; al rey, al caballero, al soldado, se sobreponía el sacerdote. Con el ataque al teocalli se conmovió profundamente el pueblo; los sacerdotes insultados dentro del santuario, sacudieron su apatía é hicieron hablar á los dioses hasta entónces descuidados y mudos; los dioses al romper el silencio pidieron guerra y venganza.

Desde el negro día en que los ídolos fueron derrocados, Motecuhzoma se mostró inquieto, sombrío; pasó la noche en velador insomnio; estaba agitado y descontento, recibía frecuentes emisarios y se entregaba á largas conferencias con nobles y sacerdotes, teniendo cuidado de alejar al espía Orteguilla. Al segundo día, el emperador por medio del pajecillo, mandó rogar á Cortés fuera á visitarle; informado éste de cuanto pasaba, acudió inmediatamente, acompañado de Cristóbal de Olid, capitán de la guardia, de otros cuatro capitanes y de los intérpretes Aguilar y Marina. Despues de los cumplidos de costumbre, si bien un tanto frios, Motecuhzoma tomó la palabra y dijo: "¡Oh, señor Malinche y señores capitanes, cuánto me pesa de la respuesta y mandado que nuestros teules han dado á nuestros papas é á mí é á todos mis capitanes! Y es que os demos guerra y os matemos é os hagamos ir por la mar adelante; lo que he coligido dello y me parece, es que ántes que comience la guerra, que luego salgais de esta ciudad y no quede ninguno de vosotros

aquí; y esto, señor Malinche, os digo que hagáis en todas maneras, que os conviene; si no, mataros han, y mira que os va las vidas." (1) D. Hernando y los capitanes blancos se apenaron y bien quedaron alarmados; sin embargo, Cortés respondió tranquilo, agradecer mucho el aviso; pero que habiendo dado al través con las naves en que habia venido, necesitaba construir tres navíos en la costa, y entre tanto se labraban, le hiciese merced de tener quietos á los papas y guerreros, siendo este el mejor partido que podían tomar, pues si comenzaban ántes la guerra todos morirían por ello: cuando nos vayamos, añadió, tendreis que iros con nosotros á fin de presentaros á nuestro gran emperador. Como seguridad de lo ofrecido, pidió le diese algunos carpinteros, que con los suyos marchasen á la costa á cortar las maderas y labrar las embarcaciones.

La respuesta revela diestro ingenio; era uno de los tantos expedientes que el sagaz D. Hernando sabía encontrar en los lances difíciles. Cansado Motecuhzoma de sus importunos huéspedes, pretendía librarse de ellos haciéndoles abandonar la capital por medio del miedo, los blancos le ofrecían irse, mas entre tanto tenían manera de efectuarlo, preciso era mantener la paz, pues una vez rotas las hostilidades perdería irremisiblemente la vida. Dudoso era este remedio, pero al fin presentaba un resquicio de salvacion. El camino quedaba ahora completamente cerrado, pues al retirarse los blancos le arrastrarían con ellos, y su situacion empeoraría entónces: en tamaña contradiccion, para salvar siquiera la vida estaba en su interes particular para no perderse, contener la guerra, dilatar cuanto fuera dable la partida de los extranjeros y aún evitarle siendo posible.

En consecuencia de lo concertado, Martin López y Andres Núñez, carpinteros de ribera, marcharon á la costa en compañía de los obreros facilitados por el emperador, poniendo mano en la construccion de las tres naves. (2) La intimacion del desgraciado empera-

(1) Bernal Díaz, cap. CVIII.

(2) Bernal Díaz, cap. CVII, asegura que Martin López le dijo haberse dado prisa en la construccion de las naves, habiéndolas dejado en astillero.—Gomara, Crón. cap. XCIV y Herrera, déc. II, lib. IX, cap. VI, afirman que D. Hernando dió orden á Martin López, para ir dilatando la construccion. Creemos que Cortés tenía empeño en labrar las naves, pues uno de sus pensamientos era enviar por refuerzos á las islas para retener y consolidar su conquista.

dor no fué seguida de ningun acto hostil, ni áun siquiera de escazes de víveres; pero hacia vivir á los castellanos en constante alarma. Andaban pensativos, desconfiados é interpretando mal las acciones de los indios; lloraba Orteguilla, azuzaba Marina; los soldados siempre vestidas las armas, los caballos ensillados, la artillería dispuesta, la guardia vigilante á los menores movimientos de Motecuhzoma. (1) Toda aquella pena y el cuidado, eran motivados, pues á la sazón la fuerza encerrada en el cuartel estaba muy mermada; muchos castellanos andaban diseminados por las provincias, colectando el oro de los caciques; Velázquez de Leon con más de cien hombres iba en camino para la distante colonia proyectada en el Coatzacoalco, Rangel con una partida menor se dirijía á Chinantla para fundar un establecimiento. Esta subdivision del ejército alentó sin duda á Motecuhzoma para obrar, y la oportunidad fué bien calculada y explica perfectamente la respuesta templada y áun sumisa de Cortés.

Aquellas aciagas circunstancias no duraron mucho. Ocho dias despues de salidos los carpinteros de México, llegaron á la costa de San Juan unos barcos españoles. Los gobernadores de las costas dieron inmediatamente aviso á Motecuhzoma, repitiendo los correos, hasta que desembarcada parte de la gente forastera, ellos hicieron pintar en un lienzo las naves, las personas y cuantas circunstancias pudieron entender, enviándoles luego por la posta al emperador: entre la primera y esta última noticia, parece trascurrieron tres dias. Llendo Cortés á visitar á su prisionero, le encontró alegre y comunicativo; sea sospecha ó casualidad, el general repitió la visita y entónces le dijo Motecuhzoma: "Señor Malinche, ahora en este punto me han llegado mensajeros, de como en el pueblo donde desembarcastes han venido diez y ocho navíos y mucha gente y caballos, é todo nos lo traen pintado en unas mantas; y como me visitastes hoy dos veces, créi que me veniades á dar nuevas de ello, así que no habreis menester hacer navíos; y porque no me lo deciad, por una parte tenía enojo de vos de tenérmelo encubierto; y por otra me holgaba, porque vienen vuestros hermanos, para que todos os vais á Castilla é no haya más palabras." (2)

(1) Bernal Díaz, cap. CVIII.

(2) Bernal Díaz, cap. CX.

Nada sabía D. Hernando; consideró atentamente las pinturas y por una de sus inspiraciones se creyó salvado, prorumpiendo en un arranque de alegría. "Gracias á Dios que al mejor tiempo proveé." Motecuhzoma estaba del mejor buen humor; sin las demoras consiguientes para construir las naves, había las suficientes en la mar para llevarse á los importunos huéspedes, quedándose al fin libre. Cortés se regocijaba igualmente, pues llegaban al fin de sus compatriotas, en número considerable: cada quien mirando los acontecimientos á su modo, se daba por satisfecho, y tanto que comieron juntos en armoniosa compañía. Difundida la noticia por el cuartel, recibieronla los soldados con gran júbilo, en señal del cual escaramucearon los caballos é hicieron salva de artillería. La generalidad creía en un refuerzo traído por los procuradores idos á Castilla, ó bien en alguna expedicion salida de las islas. Pasada la primera impresion, D. Hernando no participaba de la confianza comun; pesaba sobre su conciencia el recuerdo de Diego Velázquez, y si nada sabía aún de positivo acerca de la procedencia de la armada, para precaverse contra todo evento repartió ámpliamente el oro y las promesas entre sus camaradas, atrayéndose con ello á capitanes y soldados. (1) De todas maneras, aquella inesperada llegada de los blancos aplazó el rompimiento: de pronto sacaron los castellanos el ser asistidos tan bien ó mejor que ántes.

Para explicar la presencia de esta armada, necesitamos detenernos un tanto. Deseando el gobernador de Cuba Diego Velázquez dar cuenta á Carlos V. de la expedicion de Juan de Grijalva (1518), mandó á la córte á su capellan Benito Martin ó Martínez con la relacion del descubrimiento, muestra de los objetos recogidos en el rescate, noticia de la nueva armada á la sazón en preparativos, y encargo de conseguirle algun título en remuneracion de sus servicios. Poco tiempo despues de salido de Cuba el Benito Martin, partió igualmente Gonzalo de Guzman, natural de Portillo, con poderes de Diego Velázquez y encargo especial de procurar sus negocios, debiendo proceder en compañía de Pánfilo de Narvaez. Era en Castilla presidente del Consejo de Indias Don Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos y Arzobispo de Rosano, persona á quien se ha- ce aparecer con buenas prendas, si bien con los defectos de rencoroso

(1) Bernal Díaz, cap. CX.—Gomara, Crón, cap. XCV.—Herrera, déc. II, lib. IX, cap. XVIII.